

En colaboración con

FAMILIA Y VIDA PRIVADA

¿Transformaciones, tensiones, resistencias
y nuevos sentidos?

Teresa Valdés E.
Ximena Valdés S.
(Editoras)

Familia y vida privada. ¿Transformaciones, tensiones, resistencias y nuevos sentidos?

Las opiniones que se presentan en este trabajo, así como los análisis e interpretaciones que en él se contienen, son de responsabilidad exclusiva de sus autores y no reflejan necesariamente los puntos de vista de FLACSO ni de las instituciones a las cuales se encuentran vinculados.

Esta publicación es uno de los resultados de las actividades desarrolladas, en el ámbito de la investigación y la difusión, por el Área de Estudios de Género de FLACSO-Chile. Estas actividades se realizan con el apoyo de diversas fundaciones, organismos internacionales, agencias de cooperación y gobiernos de la región y fuera de ella.

Ninguna parte de este libro/documento, incluido el diseño de portada, puede ser reproducida, transmitida o almacenada de manera alguna ni por algún medio, ya sea electrónico, mecánico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin autorización de FLACSO.

342 Valdés E., Teresa; Valdés S., Ximena. Eds.
V145 FLACSO-Chile/CEDEM/UNFPA.
Familia y vida privada. ¿Transformaciones,
tensiones, resistencias y nuevos sentidos. Santiago,
Chile: FLACSO, 2005.
345 p. Serie Libros FLACSO-Chile.
ISBN: 956-205-202-8

FAMILIA; EXILIO; SEXUALIDAD; RELACIONES DE PAREJA; RELACIONES FAMILIARES; HOMOSEXUALIDAD; CHILE; PERÚ; MÉXICO; ARGENTINA; AMÉRICA LATINA

Inscripción N°146.918. Prohibida su reproducción.

© 2005, Teresa Valdés E., Ximena Valdés S., FLACSO-Chile.
Av. Dag Hammarskjöld 3269, Vitacura.
Teléfonos: (562) 290 0200 Fax: (562) 290 0263
Casilla Electrónica: flacso@flacso.cl
FLACSO-Chile en Internet: <http://www.flacso.cl>

Diagramación interior: Marcela Contreras, FLACSO-Chile.
Diseño y Producción editorial: Marcela Zamorano, FLACSO-Chile.
Impresión: Lom Ediciones.

BIBLIOTECA - FLACSO -	
Fecha:	05 enero 2006
Compra:	
Procedido:	
Categoría:	
Donador:	Teresa Valdés

ÍNDICE

Presentación 5

Introducción

¿Transformaciones, tensiones y nuevos sentidos?

Valeria Ambrosio 9

PARTE I

FAMILIAS EN AMÉRICA LATINA

Transformaciones sociales y demográficas de las familias latinoamericanas

Irma Arriagada 17

La familia en la Argentina: modernidad, crisis económica y acción política

Elizabeth Jelin 41

Las transformaciones de la vida familiar en el México urbano contemporáneo

Brígida García y Orlandina de Oliveira 77

Identidades en tránsito: femineidad y masculinidad en el Perú actual

Norma Fuller 107

PARTE II

FAMILIAS EN CHILE

El impacto del exilio en la familia chilena

Loreto Rebolledo G. 133

Entre la reinención y la tradición selectiva: familia, conyugalidad,
parentalidad y sujeto en Santiago de Chile

*Ximena Valdés S., Pamela Caro, Rosa Saavedra, Carmen Gloria
Godoy, Tania Rioja y Emilie Raymond* 163

¿Donde está el nuevo padre? Trabajo doméstico: de la retórica a la práctica <i>José Olavarria</i>	215
Chile: Inserción laboral, tipo de relaciones familiares y calidad de vida. 2000 <i>Ricardo Infante</i>	251
Ideologema de la familia: género, vida privada y trabajo en Chile, 2000-2003 <i>Kemy Oyarzún</i>	277
¿Del deber al placer? Socialización en sexualidad en familias populares de Santiago <i>Teresa Valdés E.</i>	311
Familia y homosexualidad en Chile: notas sobre el secreto y el escándalo público <i>Gabriel Guajardo Soto</i>	339

EL IMPACTO DEL EXILIO EN LA FAMILIA CHILENA¹

Loreto Rebolledo G.²

INTRODUCCIÓN

A fines de los años 60 la sociedad chilena evidenciaba aires de cambio en diferentes ámbitos. Las políticas gubernamentales de planificación familiar estaban incidiendo en la reducción de las tasas de natalidad y de paso habían liberado la sexualidad femenina al separarla de la reproducción. Las cifras de ingreso femenino a las universidades ocupaban más de un tercio de la matrícula total, lo cual abría nuevos horizontes a las mujeres de sectores medios y altos. La migración campo ciudad iniciada en décadas anteriores era un proceso consolidado. Los medios de comunicación mostraban diferentes posibilidades de construir las identidades femeninas más allá de los atávicos roles domésticos. En lo político, se percibía que la sociedad se inclinaba cada vez más hacia posturas progresistas donde se planteaba la posibilidad de realizar cambios sociales, económicos y culturales importantes.

Sin embargo, esos aires de cambio coexistían en disputa con una cultura tradicional que definía roles marcadamente diferenciados para hombres y mujeres, formas de construir familia altamente formalizados y tributarios de las definiciones conservadoras y religiosas de una familia bien constituida, que entrababan la emergencia de un proceso de modernización y secularización completos, donde los individuos y especialmente las mujeres fueran capaces de definir sus vidas y sentirse realizados más allá de sus familias y de los roles de esposa y madre.

¹ Esta ponencia es parte de la investigación realizada para la escritura de la tesis para optar al grado de Doctor en Historia de América en la Universidad de Barcelona, titulada "El proceso de exilio y retorno de hombres y mujeres chilenos. Del recuerdo a la memoria. 1973-2003".

² La autora es periodista y antropóloga, maestra y Doctora en Historia. Es Subdirectora del Instituto de Comunicación e Imagen de la Universidad de Chile y se desempeña, además, como investigadora y profesora del Centro Interdisciplinario de Estudios de Género de la Universidad de Chile.

El tema de la modernización y de las transformaciones socioculturales de la sociedad chilena llevó a que Armand y Michelle Mattelart decidieran en 1968 indagar sobre la apertura de la mujer chilena hacia los cambios y su capacidad de integrarse a un proceso de modernización de la sociedad. Postulaban la existencia de un proceso de modernización incompleta, que ellos caracterizaron como “tradicionalismo moderno”, donde coexistían las imágenes modernas con comportamientos tradicionales, donde los sujetos participaban de los símbolos y consumos de la modernidad, pero buscando preservar ciertos valores éticos. Esto se evidenciaba especialmente entre las clases medias y altas, donde “los esquemas de emancipación y camaradería de la nueva pareja han sido transplantados, pero los valores correspondientes raras veces han podido interiorizarse (...) y un obstáculo a ello es la presencia de la empleada doméstica puertas adentro que impide el surgimiento de la nueva pareja donde exista autonomía de los cónyuges” (Mattelart y Mattelart, 1968: 22).

De acuerdo a la encuesta aplicada por los Mattelart, la mujer seguía percibiéndose como esposa y madre, y entre las cualidades de la mujer casada se destacaba el “ser de su casa”, que implicaba la consagración de la mujer a su rol de ama de casa. Para muchas mujeres “ser de su casa” significaba “asumir la responsabilidad de su familia, ser la presencia permanente en el hogar, un factor de unión, comprensión y de equilibrio” (Mattelart y Mattelart, 1968: 59). Las cualidades de los hombres casados eran las de “sostenedor del hogar, preocupado de que no faltara nada en éste y protector de su familia”. Como puede verse, la realización personal de hombres y mujeres era reducida a sus funciones familiares, de madre-padre y esposo-esposa.

El estudio también daba cuenta de ciertos quiebres en las percepciones tradicionales sobre los roles y posibilidades de realización de las mujeres, por ejemplo, en relación a la soltería femenina algunos de los entrevistados le reconocieron ciertos méritos y ventajas, como la mayor independencia, acceso a la cultura y al mundo del trabajo, aunque también se destacó su soledad y desequilibrio emocional, con lo cual volvía a aflorar la importancia que se le concedía a la familia como lugar de realización personal de las mujeres.

Los Mattelart concluían que “en una sociedad donde la familia sigue siendo actualmente la célula básica, el proceso de individuación, con todo lo que involucra en cuanto a trastornos en la vida personal y familiar, hace peligrar los

fundamentos mismos de dicha sociedad. La observación superficial de los modelos de conducta externa diferentes lleva siempre al error de pensar que la moral está en peligro” (Mattelart y Mattelart, 1968: 219).

Las disputas y tensiones entre posiciones liberales y conservadoras respecto a la familia y a los roles de hombres y mujeres tenían su correlato en la política. Así, hay estudios que muestran que la importancia concedida a la familia y la dificultad de las mujeres de desprenderse de los roles socialmente asignados se manifestaron políticamente en que estas fueran fácilmente manipuladas por la Iglesia Católica y por los sectores conservadores (Munizaga y Letelier, 1988). La campaña del terror impulsada por la derecha en la elección presidencial de 1970 y probada en elecciones anteriores, mostró que ante la amenaza del comunismo de deshacer las familias y quitar los hijos a sus madres, las mujeres no sólo se inclinaron a votar por la derecha, sino también estuvieron dispuestas a salir de sus casas, ocupar las calles y movilizarse en defensa de un orden social del cual se sentían el centro y pilar fundamental. Ejemplo de ello es la marcha de las cacerolas vacías, donde, en diciembre de 1971, mujeres de clase alta y otras movilizadas por la derecha salieron a las calles a protestar contra el gobierno de Allende.

“Las mujeres vieron la amenaza emergente de la esclavitud, reaccionaron y se tomaron las calles para demandar libertad para sí y para sus hijos. El darse cuenta del peligro de la doctrina extranjera proveyó a nuestros soldados del respaldo moral que necesitaban para hacerse cargo del destino de nuestra nación en el momento en que fue amenazada” señalaba en 1975 Lucía Hiriart de Pinochet recordando la marcha de las cacerolas y el posterior golpe de Estado (en *Hola*, 1988: 38).

Por otra parte, las mujeres jóvenes, cuyo acceso a la Universidad se había ampliado, poco a poco habían comenzado a intervenir de manera más activa en política y se hicieron eco de los aires de cambio que trajo la década de los 60. Ellas se sumaron a otras mujeres que, desde los partidos de la izquierda y los sindicatos de trabajadores, se habían inclinado de manera activa por una transformación social, a las que se habían unido otros grupos de mujeres que participaron en política entusiasmadas por el programa de gobierno de la Unidad Popular, que incluía la igualdad de salarios para hombres y mujeres que realizaban el mismo trabajo, guarderías infantiles para las madres trabajadoras, educación para todos y salud gratuita.

Durante el gobierno de la Unidad Popular se exacerbaron las diferentes posiciones respecto a temas valóricos, políticos, culturales, sociales y económicos. Diferencias que se zanjaron abruptamente el 11 de septiembre de 1973 con el golpe de Estado dado por las Fuerzas Armadas y encabezado por Pinochet, que buscaba revertir el proceso de cambios sociales y culturales que se habían iniciado en la década anterior y en lo político y económico pretendía la refundación de Chile. En la perspectiva de cumplir con estos objetivos utilizaron la represión, la violencia y la persecución contra los “enemigos comunistas” y la persuasión y manipulación de las mujeres a partir de un discurso patriarcal y familístico (Munizaga y Letelier, 1988).

No obstante, el discurso del gobierno militar hacia las mujeres no logró la hegemonía perseguida y se encontró con una férrea resistencia derivada de la propia realidad que ellos provocaron al cambiar de manera radical el cotidiano familiar de numerosos hombres y mujeres chilenos/as.

Los roles de género y las relaciones de género se vieron tensionadas por los acontecimientos que siguieron al 11 de septiembre, especialmente en el sector derrotado, donde la muerte, persecución, detención y exilio de los simpatizantes y militantes partidarios de Allende alteró las condiciones de vida y de reproducción familiar. Dados los roles de género, con las mujeres como las responsables de la familia, sobre ellas recayó el peso de la situación y muchas debieron encontrar el modo de generar ingresos para el sustento de la familia, mientras simultáneamente asumían los roles de padre y madre y se organizaban y salían a las calles exigiendo una respuesta sobre sus familiares detenidos, desaparecidos o ejecutados. Se produjo así la paradoja que, mientras el régimen insistía en la importancia del rol materno femenino, en su capacidad de ser fundamento patrio y sostenedora de la familia, además de poner a las mujeres como guardianas de lo privado, otras mujeres, las que eran situadas en el lado del caos y el comunismo, por razones de género salían a las calles e interpelaban al gobierno desde los espacios públicos, exigiendo saber de sus maridos, hermanos, hijos, padres y otros parientes y veían destruirse o dispersarse a sus familias.

Desde el día mismo del golpe, las familias vinculadas al gobierno de la Unidad Popular vieron alterado su cotidiano. La necesidad de esconderse, el asilo o la huida de unos, las detenciones arbitrarias de otros, no sólo causaron preocupación en los otros integrantes del grupo familiar, también distorsionaron su funcionamiento, pues implicó movilizarse para ubicar al detenido, ayudar a

escondese al perseguido o a asilarse e irse a los otros, también significó ocultar esta situación frente a vecinos u otras personas que pudieran denunciarlos, además de tener que proteger a los niños y ocuparse de la sobrevivencia económica. Todo ello provocó disgregación de las familias y uno de los factores que más incidió en la dispersión familiar fue el exilio.

EL EXILIO CHILENO

Si bien es muy difícil establecer la cifra total de personas que salieron exiliadas, ya que existen grandes diferencias entre los datos oficiales y los de los organismos de derechos humanos, de acuerdo a las cifras manejadas por la Oficina Nacional de Retorno, Servicio Universitario Mundial y Comité Intergubernamental para las Migraciones, CIM, los exiliados políticos representaban alrededor de 200 mil personas dispersas por los cinco continentes y en una amplia diversidad de países (Vaccaro, 1990). Esta cifra es cercana a la de la Vicaría de la Solidaridad que estima que, aproximadamente, 260 mil personas fueron obligadas a vivir fuera del país por razones políticas.

El exilio chileno se concretó por dos vías: como imposición del poder a partir de decretos y órdenes de expulsión y aplicación de penas de extrañamiento, o como medio de salvaguardar la vida de quienes eran perseguidos, se sentían amenazados o eran requeridos por las autoridades militares, por lo cual solicitaron asilo en una embajada, o bien salieron por sus propios medios, solicitando a veces el refugio fuera de Chile.

De acuerdo a la información de la Fundación de Ayuda Social de las Iglesias Cristianas, FASIC, las personas que salieron rumbo al exilio expulsadas o con pena de extrañamiento lo hicieron acompañados de sus familias, pero otros emigraron solos, quedando mujeres, padres, hijos y abuelos en Chile, sobrellevando grandes dificultades económicas y psicológicas a la espera de la reunificación familiar³.

³ Entre 1976 y 1977, gracias al convenio FASIC-ACNUR-OIM sobre reunificación familiar, se consiguió que viajaran al exterior 766 núcleos familiares, con un total de 1.918 personas (aproximadamente 3 personas por grupo familiar) cuyo destino fueron 22 países. La mayor migración se dio hacia Europa: 67,6% en 1976 y 69,5% en 1977, siendo Francia, Suecia, Italia e Inglaterra, receptores de más del 50% de los exiliados. América Latina fue el segundo continente receptor de la reunificación familiar, destacando Argentina, México y Venezuela como los principales receptores. Entre 1978 y 1982, 807 familias fueron beneficiarias del Programa de Reunificación familiar, el 79% de ellas viajaron a 21 países de Europa, siendo Suecia el país de mayor recepción de familia chilenas (30,7%), seguida por Francia.

El 90% de las personas que abandonaron el país obteniendo refugio eran hombres, un 86% de los cuales tenía responsabilidades directas de jefatura de hogar por ser casados, convivientes, separados o anulados. La mayoría de estos hombres tenía entre 21 y 40 años, por lo cual su presidio y su posterior exilio provocaron el descalabro familiar en lo económico, además de problemas sociales y emocionales que debieron ser enfrentados por las mujeres que tuvieron que hacerse cargo de la jefatura de hogar y de los niños.

Años después, los psicólogos, trabajadoras sociales y profesionales integrantes del equipo de salud mental de FASIC, que atendió a aquellos familiares de los exiliados que solicitaron reunificación familiar, recordaban que “era común atender a mujeres agobiadas y exigidas hasta el límite por la sobrecarga que representaba la realización del trabajo remunerado y del trabajo doméstico, y el desempeño como orientadora y sostén emocional del grupo familiar” (FASIC, 1991: 44). Un 30% de las mujeres jefas de hogar, antes sólo había sido ama de casa, otro 30% trabajaba como profesora, contadora, vendedora, trabajadora de oficina, lo cual las llevaba a percibir ingresos insuficientes como para mantener a sus grupos familiares (Ibid). La situación descrita por los profesionales de FASIC se repetía entre los familiares de quienes se asilaron o los que tuvieron que salir por sus propios medios.

Muchas mujeres, esposas, hermanas, madres, y otros familiares cercanos, fueron despedidos de sus trabajos cuando se enteraron que eran familiares de un preso o exiliado. Los hijos fueron expulsados de colegios y universidades por la misma razón y en muchos casos las redes sociales se rompieron, pues la gente sentía temor de ser vinculada con algún familiar de ex-presos, exiliado o desaparecido. Todo esto llevó al aislamiento y a experimentar la soledad y la discriminación. El ser familiar de un refugiado operaba como un estigma que afectaba al conjunto del grupo familiar (FASIC, 1991).

La fase de preexilio fue complicada tanto para los familiares, como para los titulares del exilio, y la situación se hizo más tensa y cargada de ambigüedades en el momento de la partida. Para los abuelos fue duro ver partir a sus hijos y nietos, tampoco para las mujeres fue fácil salir del país para reunirse con sus parientes exiliados, dejando en Chile a sus padres y hermanos en una situación de inseguridad política y económica. El exilio involucró así a tres generaciones de chilenos, la de los exiliados, sus padres y sus hijos, y sus efectos han afectado o son una realidad cercana a una cifra importante de chilenos.

El exilio chileno fue amplio en términos políticos, pues abarcó a personas con y sin militancia de un vasto espectro, asimismo fue pluriclasista ya que involucró a profesionales, técnicos, obreros, campesinos, estudiantes, dueñas de casa. Por otra parte, el exilio chileno ha sido caracterizado como un exilio familiar, pues los que debieron exiliarse lo hicieron con sus respectivas familias, aun cuando estas no pudieron salir junto con ellos y debieron esperar meses y en algunos casos años para la reunificación familiar.

“Se ha estimado que el 76,15% de los titulares de exilio fue acompañado por su respectiva familia, siendo la mayoría de ellos casados. El 79,35% tenía familia integrada por dos, tres y cuatro personas. También se puede caracterizar como un proceso de sello masculino pues el 66,82% de los titulares eran varones. Sin embargo, la presencia de un 33,18% de mujeres señaladas como causantes del abandono del país merece una especial consideración, en relación al grado de compromiso que éstas tenían con el derrocado régimen. Los hombres y mujeres comprendieron que si su grupo inmediato seguía en el país, se vería expuesto a represalias de diverso tipo. De otra parte, frente a la amenaza externa, el grupo nuclear se cohesionó tomando la decisión, cuando se pudo, de no separarse, de partir o de reunirse en el extranjero” (Norambuena, 2000).

Esta misma tendencia detecta Gaillard (1992), al analizar y caracterizar al exilio chileno en Francia como un exilio familiar, ya que más de la mitad de las personas de la muestra de su estudio llegaron casadas. Caracteriza, además, a su muestra como relativamente joven, ya que la mayoría tenía entre 25 y 35 años, lo cual es corroborado por otras investigaciones, aun cuando es posible encontrar a personas de todas las edades, desde adultos mayores a adolescentes, niños y bebés, lo cual se explica por tratarse de un exilio familiar. El grueso de los exiliados no pasaba de un promedio de 35 años, lo cual es coincidente con la juventud de los detenidos desaparecidos, fusilados y muchos de los prisioneros políticos. Por otra parte, las edades de los retornados, de acuerdo a la información de la ONR (Oficina Nacional de Retorno) muestran que se trataba de gente relativamente joven⁴, lo cual implicaba que habían

⁴ Al cerrar la ONR, 19.251 titulares habían sido atendidos, los que con sus grupos familiares alcanzaban un total de 56.000 personas. La edad de los titulares del retorno iba entre los 30 y 49 años, representando este tramo de edad, el 58,82% del total. El 65,15 % de los hijos de retornados tenía entre 6 y 20 años (Norambuena, 2000).

salido del país a edades bastante tempranas, cuando las identidades aún pueden transformarse y existe mayor flexibilidad para enfrentar los cambios y adaptarse a nuevas realidades.

El desarraigo y la sensación de desamparo que lo acompañó fueron experiencias cotidianas de los exiliados, también lo fue la vivencia de la escisión, de vivir constantemente transitando entre el país de origen y el país de acogida, entre el pasado que los remitía a su derrota política y su partida y el futuro, cuando al cambiar las razones que los expulsaron, pudieran regresar. Debieron afrontar el desafío de tener que construirse una nueva vida en el país al que habían llegado sin renunciar a la vida anterior que le daba sentido a su situación de exilio. Todas estas tensiones y vivencias contradictorias pusieron en cuestión la identidad de los sujetos y les obligaron a buscar nuevas respuestas. Simultáneamente, esto tensionó a los grupos familiares que ya tenían dificultades en adaptarse a la nueva situación y al nuevo país al que habían llegado.

La derrota política que los obligó a salir de Chile de por sí trastocó el mundo de los exiliados. Sin embargo, el cambio más fuerte y que los interpeló de manera más frontal en su identidad fueron las diferencias culturales, frente a las cuales existió la opción de defenderse enclaustrándose en la cultura propia o abriéndose a las nuevas ideas, comportamientos y formas de ser que se les presentaban. En una primera etapa, la tendencia del exilio, ya fuera por las disposiciones de los gobiernos que los recibieron o por voluntad propia de los exiliados, fue a concentrarse en ciertos barrios y conglomerados habitacionales, lo que facilitó la creación y funcionamiento de comunidades compartiendo un mismo espacio y un cotidiano, enviando a los hijos a los mismos colegios, encontrándose en las mismas plazas y lugares de recreación, lo que auspició el surgimiento de una conducta de *ghetto* y dificultó, en una primera etapa, la integración al país de acogida.

Esta comunidad operó como colchón que atenuó las dificultades de adaptación, funcionando, además, como red social de apoyo social, económico y cultural a los que venían llegando; por otra parte, permitió la cooperación entre familias y personas actuando como “familia ampliada”, con todas las ventajas que ello implicaba en una situación de desamparo—cuidado de los niños, preocupación por los enfermos y otras labores, reproducción cultural y desarrollo de actividades de solidaridad— y también con todas las desventajas que representa el vivir demasiado juntos: control social, conflictos de interacción, chismes y enredos.

Es importante tener en consideración que esta tendencia a la ghetización y a concentrarse en los mismos barrios, de manera casi compulsiva, fue característica de una primera etapa del exilio. Posteriormente, cuando se hizo evidente que el retorno no sería pronto y los exiliados comenzaron a hacer proyectos de vida propios en el país de acogida, tendieron a cambiarse de barrio, para salir del control social de la comunidad y para avanzar en el proceso de integración a la sociedad de acogida.

Uno de los aspectos que caracterizaba el cotidiano de las comunidades chilenas, era el “vivir” en Chile y en el país de acogida simultáneamente. En la sociedad de llegada había que resolver los problemas del día a día: cocinar, enviar a los hijos al colegio, avanzar en el aprendizaje del idioma, estudiar o trabajar; o bien, capacitarse para el trabajo –como ocurrió en algunos países europeos–, establecer vínculos con los vecinos y, en general, con la sociedad de acogida. Muchas de estas actividades se realizaron de manera individual o familiar, sin embargo, siempre estuvo presente, como marco de referencia, la comunidad de chilenos exiliados, la cual se articulaba a partir del vínculo con Chile.

Desde el nuevo cotidiano, especialmente entre quienes eran refugiados en un país donde el estado de Bienestar operaba con eficiencia y se cumplía con las obligaciones del Convenio de Ginebra, comenzaron a demarcarse nítidamente ámbitos de preocupación distintos para hombres y mujeres, derivados de sus respectivos roles y mandatos de género. Para quienes tenían la calidad de refugiados, la existencia de apoyo económico y la resolución por parte del Estado de las necesidades más inmediatas liberó, en un primer momento del exilio, en cierta forma, a los hombres del rol de proveedor, dejándoles como actividad principal la militancia política, lo cual no implicaba que las mujeres que habían tenido militancia política en Chile no participaran activamente en política en el país de acogida, o no apoyaran las labores de solidaridad.

Nuestras relaciones estaban muy ligadas a los daneses de los Comités por Chile; yo tenía una situación distinta, como estábamos viviendo lejos y teníamos dos hijas, Sergio se movilizaba a Copenhague a cada rato... y yo me quedaba cuidando a las niñas... no había mucha militancia al principio... había que reestructurar todo, había que ubicar a la gente del MIR... en los otros países como en Francia... para solucionar los problemas de militancia... Sergio tomaba todos esos aspectos y yo estaba dedicada a la casa, a las niñas y a aprender danés (Anita, entrevista, 1999).

Las labores políticas —que no eran muchas y jamás llegaban a ocupar todo el tiempo disponible— fueron delineándose como labor fundamentalmente masculina, debido a que las mujeres debieron dividir sus tiempos en resolver el cotidiano de sus familias, preocuparse de los niños y de su integración a las escuelas y al nuevo país; por lo que la militancia y la participación en actividades solidarias eran sólo una parte del conjunto amplio de labores desempeñadas por ellas. A esta demarcación de actividades según género contribuyeron, además, las situaciones de pre-exilio, pues los hombres fueron quienes mayoritariamente habían estado presos, habían sido torturados o perseguidos en Chile, lo cual los tenía al comienzo en una situación de gran vulnerabilidad psicológica, mezclada con la culpa de estar vivos y fuera del país, mientras otros resistían y eran perseguidos y torturados en Chile. Un modo de compensar ambas situaciones fue desarrollar un activismo desenfrenado, aunque no necesariamente útil y eficiente.

Las mujeres, ya desde el pre-exilio habían salido de los espacios domésticos para hacerse cargo de la mantención de la familia, de los trámites para encontrar a sus maridos detenidos, y hacer las gestiones para sacarlos de prisión y del país. Ya en el exilio, debido a sus roles de madre y dueñas de casa, debieron aprender rápidamente el idioma, al menos lo básico para desenvolverse en las conversaciones con los/as profesores/as y para proveerse en los supermercados. Otras, las que salieron a trabajar, tuvieron como imperativo aprender rápido el idioma y los códigos culturales mínimos, que les permitieran interactuar con otras personas y desenvolverse en el país de llegada. Esto permitió, en muchos casos, que las mujeres salieran más rápido de la depresión y que gracias a su sentido práctico, se ubicaran más pronto en las nuevas circunstancias que les tocaba vivir⁵.

A las hijas no les pasaron desapercibidas las diferentes actitudes de sus padres y sus madres frente a la nueva realidad que les tocaba enfrentar. Ellas fueron conscientes del pragmatismo femenino para resolver la vida cotidiana y de la relativa ausencia del padre, como se evidencia en el testimonio de Andrea, cuyo padre, integrante del conjunto *Inti Illimani*, estaba dedicado a labores de solidaridad, mientras su madre se hacía cargo de la casa, de los hijos y de sacar adelante su proyecto profesional, que en Chile había quedado inconcluso.

⁵ Es importante señalar que hubo diferencias importantes en la actitud de las mujeres según su origen socioeconómico, siendo las mujeres de sectores medios y profesionales las que tuvieron esta actitud más asertiva.

Mi mamá estudió en Roma... acá ella estaba en tercero de medicina, fue suspendida, entonces se fue para allá y quiso retomar sus estudios y no le convalidaron prácticamente nada... entonces terminó empezando de nuevo... Cuando ya regularizó la situación y empezó a estudiar, se dio cuenta que una cosa era pedir el kilo de pan en la feria y otra estudiar medicina... ahí ella fue aprendiendo y terminó su carrera, además de tener una hija, de militar, además de tener otra hija en el camino, de ser esposa, dueña de casa, todo el cuento... además mi papá, mucho viaje y todo el cuento, y ella también en los primeros años participó mucho en manifestaciones, iba a dar discursos, tenía una actividad política muy ferviente... (Andrea, entrevista, 2001).

En el caso de los profesionales y técnicos, sus títulos y conocimientos sólo fueron acreditados parcialmente y después de un largo proceso. Esto implicó que inicialmente se los ubicara en labores de menor rango –como empleados en labores de limpieza u obreros– que las que habían desempeñado en Chile o inferiores a sus propias especializaciones. Frente a esto, la actitud inicial fue la resignación, en algunos casos, y aceptar sin discutir lo que se les ofrecía, pese a saberse sobrecalificados, pensando que sería por un tiempo breve; otros lo vivieron como otra dimensión del castigo que implicaba el exilio y lo aceptaron sin grandes reclamos, como demostración evidente de que su proyecto personal pasaba por el compromiso político y el retorno, y no por el desarrollo personal y profesional.

Tres eran las tareas importantes que desarrollaba en mi estadía en Suecia: militante de base en un núcleo del partido, secretario político seccional que me obligaba a recorrer los diferentes núcleos del país y entregar cada cierto tiempo un informe al secretariado exterior y cumplir como obrero de la construcción en la industria en la cual trabajaba. Así, de profesor, director de escuela, jefe técnico de la Dirección Provincial de Educación de Aconcagua... a obrero de la construcción... (Vargas, en Tan lejos, Tan cerca, 2002: 379).

Aquellos que llegaron como refugiados a algunos países europeos, pronto se enfrentaron a concepciones diferentes sobre la familia, donde cada individuo tenía un valor en si mismo y era considerado como una individualidad. De este modo, el dinero entregado por los gobiernos como apoyo se asignaba a cada persona del grupo familiar y no al jefe de hogar, lo cual fue percibido por parte

de los hombres como pérdida de control y no reconocimiento del status de padre y jefe de familia. Como los gobiernos de los países de acogida asumían que los beneficios a los refugiados eran individuales, las capacitaciones laborales, el aprendizaje de la lengua y otros se entregaron a cada integrante de la familia, lo cual abrió posibilidades de desarrollo individual que, de acuerdo a las definiciones de género, de jefatura de hogar y de autoridad familiar operantes, en Chile habrían sido impensables.

El que las mujeres refugiadas en Europa y países del primer mundo tuvieran el mismo status, y por tanto, los mismos derechos que los hombres, operó positivamente en su desarrollo individual y a ello contribuyeron, además, las interacciones con personas y parejas de los países de acogida, donde ambos cónyuges compartían las labores domésticas, el cuidado de los niños y tenían actividades y espacios propios. Esta situación, sin embargo, no siempre involucró a las mujeres de sectores populares, las cuales, marcadas por sus limitaciones educacionales, con más dificultades para aprender un idioma ajeno, y debido al machismo propio y al de los maridos en algunos casos, se retrajeron en sus casas en un primer momento y reprodujeron los modos de estructurar familia en Chile; incluso cuando, después de algunos años, se incorporaron al trabajo asalariado, siguieron sintiéndose responsables únicas de los hijos y el hogar. Esto les permitió interactuar más allá de la comunidad de exiliados y ampliar su red de relaciones, aunque se vieron recargadas de roles, pues intentaron mantener el mismo control sobre sus hijos y la casa que el que tenían en Chile cuando sólo se dedicaban a “ser de su casa”.

Yo nunca necesité trabajar fuera de mi casa, ya el año 76 comienzo a trabajar en una casa de Ancianos (en Suecia)... Para mí, en ese entonces, era muy difícil hacer el papel de dueña de casa, trabajadora de la salud, madre y esposa, como era mi costumbre. Las dificultades empiezan porque ya no está la mesa puesta como era en Chile, cuando llegaba mi marido del trabajo. Ahora alcanzo apenas a llegar unos minutos antes, debido a que tengo que ir a buscar a las niñas a la guardería, pues fui siempre yo quien lo hacía. (Margarita M., en Tan lejos tan cerca, 2002: 188).

RUPTURAS Y RECONFIGURACIONES FAMILIARES

En el Chile de comienzos de los setenta, las parejas se casaban jóvenes y tenían pronto hijos. De tal modo que entre los exiliados se encontraban muchas parejas jóvenes con niños pequeños, y quienes llegaron solteros, rápidamente buscaron organizar una familia.

En una primera etapa del exilio, frente a las situaciones traumáticas vividas antes de salir de Chile y las inseguridades y desadaptación a un país y una cultura ajena, la familia –la nuclear y la “ampliada sustituta” (comunidad de exiliados)– fue el único refugio en el cual guarecerse y sentirse protegido. Los hijos, cuando los había, dieron sentido a una vida que parecía no tenerla, y en otros casos, su llegada permitió mirar hacia el futuro.

Los exiliados/as que llegaron solteros al exilio tuvieron al comienzo mayores dificultades para poder organizar sus vidas que aquellos que tenían una familia. Los solteros/as, o bien se entregaron a una militancia exagerada, invirtiendo todo su tiempo en reuniones y actividades partidarias, o bien entraron en una situación de desestructuración que los llevó a perder sentido de realidad.

Conforme me emparejé... empecé a construir un mundo; porque, en la medida en que estaba solo me podía pasar películas. Entonces, en la medida en que me emparejaba, las demandas de la pareja se convertían en un eje de vida. Y eso coincidió con la pérdida de intensidad de lo traumático (Cristián, entrevista, 2002).

Las relaciones de pareja, para quienes estaban muy solos o traumatizados, en un comienzo fueron un factor fundamental para poder instalarse en el nuevo país y para comenzar a organizar y darle un sentido a la vida, más si estas relaciones eran de una relativa autonomía entre ambas partes, y no exigían hacerse cargo de la otra persona.

En un segundo momento del exilio, cuando ya se ha avanzado el proceso de instalación en el país de llegada, se comienzan a producir rupturas familiares producto de las tensiones propias del exilio, de las diferentes posibilidades que se abrieron para hombres y mujeres con éste, y de las situaciones conflictivas vividas en la etapa de preexilio (detenciones, persecuciones y separaciones obligadas). A ello

se agregó la ausencia de padres y hermanos, que podrían haber contribuido a atenuar algunos de los conflictos domésticos, dilatando o evitando los quiebres. Esta situación –recurrente entre los exiliados– se dio en todos los países, pero afectó principalmente a la gente más joven, que muchas veces no alcanzó a tener tiempo para estabilizarse como pareja cuando el golpe la lanzó al exilio⁶.

En las rupturas matrimoniales incidieron una serie de factores. Muchas de las parejas de exiliados no salieron juntas de Chile; en el caso de aquellos que estaban presos y fueron expulsados, debieron esperar largos meses antes de lograr la reunificación familiar; en otros casos, las tensiones propias de la adaptación a una nueva sociedad y una sobreexigencia a la pareja y la familia, como lugar de afecto y contención frente a un mundo exterior que se veía como amenazante, generaron conflictos que terminaron en rupturas. Por otra parte, las culpas de los exiliados y su preocupación extrema por la política, su dedicación al partido y por saber qué ocurría en Chile, los llevó a dejar a las mujeres resolviendo cuestiones de orden doméstico y familiar sin su apoyo, lo cual fue generando distancias entre las parejas.

Otro factor que también contribuyó a las crisis matrimoniales fue la infidelidad masculina, ligada estrechamente con una cultura machista, pero que en el caso de los exiliados asumía una connotación particular, pues los ejes sobre los que se construye la masculinidad habían sido cuestionados de diferente manera: habían sido derrotados políticamente y en muchos casos además habían sido detenidos, vejados y torturados para posteriormente ser expulsados del país, llegando a lugares en los cuales desconocían el idioma y las claves culturales. Además, en una primera fase, no eran los proveedores de sus familias, ni tampoco quienes las protegían, ya que esta labor la cumplían las instituciones de apoyo a los refugiados. Luego se vieron devaluados laboralmente al tener que cumplir labores “menores” de servicio y aseo. Todo esto menoscabó una masculinidad que en la cultura latinoamericana se construye sobre la base de la fortaleza de los hombres y su capacidad de sustentar y proteger a su familia.

Ante ello algunos hombres intentaron restituir su identidad masculina devaluada a través de la conquista de otras mujeres, especialmente de aquellas de los

⁶ Las parejas mayores se separaron en menor medida y lograron resistir juntas más tiempo, incluso algunas de ellas, que lograron permanecer unidas todo el período de exilio, una vez retornados a Chile, se separan.

países de acogida, lo que además daba la posibilidad de resolver una serie de problemas cotidianos y acceder a una red social ya instalada, que permitió obtener visa y trabajo. En otras palabras, otorgó al exiliado la posibilidad de reconstruir una masculinidad valorizada y de liberarse del peso familiar que sentía demasiado grande para cargarlo.

Aquellos países en los cuales existía un fuerte Estado de bienestar, capaz de resolver adecuadamente los problemas de salud, educación, y trabajo, y que en algunos casos otorgaba ayuda adicional a las madres solas, abrieron la posibilidad que las mujeres chilenas –ante los casos de infidelidad– tomaran la decisión de abandonar a los maridos y compañeros o pedirles que se fueran de la casa. En los casos en que no existía este apoyo, el contar con un trabajo bien remunerado dio autonomía de decisión a las mujeres. A ello contribuyó el ejemplo de otras mujeres solas, además de la falta de control familiar, cuya influencia habría tendido a mantener el matrimonio “por el bien de los niños”⁷⁷.

Las rupturas matrimoniales obligaron a las mujeres a hacerse cargo de la militancia (cuando se la tenía), el trabajo fuera de casa, las labores domésticas y los niños. Lo que variaba entre un país y otro era el apoyo con que podía contar o no la mujer jefa de hogar por parte del Estado.

En Europa y Canadá, las mujeres solas con hijos recibían apoyo económico especial del gobierno, además de tener guarderías y salas cunas, etc. para el cuidado de los niños. La situación en los países latinoamericanos era mucho más difícil, ya que sólo se contaba con el auxilio de la comunidad de exiliados y de la sociedad local; todo lo demás debía autogestionarse.

Sin embargo, el cansancio y agobio por tanta responsabilidad era común a todas las mujeres jefas de hogar exiliadas, que además carecían del apoyo familiar de abuelos y tíos, y de ingresos económicos suficientes para pagar por determinados servicios; a ello hay que agregar la falta de apoyo de los padres de los niños en el cuidado de éstos, debido a los modos de construc-

⁷⁷ En algunos casos, para que la familia en Chile no interviniera, no opinara ni se preocupara, no se les avisó de las separaciones, lo cual generó situaciones ridículas cuando llegaban los padres a visitar a los hijos y allí se enteraban de lo que sucedía, o bien se les montaba el espectáculo de la pareja “bien avenida” para que no regresaran amargados a Chile o quisieran llevarse a los nietos. Esta situación está magníficamente planteada en la novela *Morir en Berlín*, de Carlos Cerda (1993).

ción de la masculinidad en esa generación, situación a la que no escapaban los militantes de izquierda⁸.

Estaba agotada y yo me quería ir, me quería ir a Latinoamérica. Y una amiga –me dijo– ¿qué te gusta de Latinoamérica? –y yo le dije– tener una empleada. Yo quería alguien que me sirviera una taza de café, después de diez años corriendo de un lado para otro, haciendo camas, lavando ropa, hueveando con el cabro chico para allá y para acá. Yo lo único que quería era sentarme en una mesa y que alguien me dijera ¿qué quiere tomar o comer hoy día? Es que realmente una mira para atrás y se pregunta ¿cómo lo hice? (Uca, entrevista, 2002).

Las rupturas matrimoniales no sólo implicaron una mayor carga de trabajo para las mujeres, también significaron que, tanto ellas como los hombres, después de superado el dolor de la separación, se plantearan qué querían hacer con sus vidas. Ello permitió replantearse los modos de organizar la familia, las relaciones de pareja y las responsabilidades respecto a los hijos. En relación a esto, los testimonios muestran que fueron las mujeres las que tendieron a tomar opciones más radicales respecto a la pareja y la familia, haciéndose cargo de la jefatura de hogar, o bien manteniendo parejas “puertas afuera”. A diferencia de los hombres, que tendieron a reconstruir parejas y familias, sin cuestionar los modelos tradicionales de organizar la familia, la división de roles, reproduciendo –al menos en un primer momento– el modelo “normal”⁹. La desestructuración que implicó el exilio, la confrontación con las diferencias culturales que mostraban otros modos de ser, y hacer y la juventud de los exiliados, además de la falta de control social directo de las familias de origen que suelen operar como “guardianes de la tradición”, se conjugaron para flexibilizar los comportamientos de los exiliados, sus modos de organizar familia, abriendo las posibilidades de cambio donde los sujetos involucrados pudieron definir de manera más autónoma cómo querían vivir. A ello contribuyó, también, el sentirse como sujetos en tránsito, donde su residencia en el país de acogida era autopercebida como temporal, y por otra parte, cuando habían perdido sus derechos ciudadanos en Chile, esta situación de transitoriedad y de no sentirse parte de ninguna parte, que puede conducir a

⁸ La militancia ocupaba el lugar central en sus vidas. Ello implicaba desplazarse de un país a otro, si así lo decidía el partido, o bien volver a Chile de manera legal o clandestina. En la medida en que la familia y los hijos ocupaban lugares secundarios, no eran obstáculo para los desplazamientos.

⁹ Como familia normal o tradicional se entiende a aquellas familias nucleares, biparentales con hijos y residencia común.

la anomia, también es una fuente potencial de independencia y de construcción del sujeto, quien de manera autónoma elige su proyecto de vida.

A nivel de las familias esto se tradujo en la práctica de familias jefaturadas por mujeres, parejas “puertas afuera” con chilenos o personas del país de exilio, de convivencias, o bien de familias “rearmadas”, donde tanto el hombre como la mujer aportaban hijos. En casos excepcionales los padres se quedaron con los hijos, en otras situaciones los hijos residían temporalmente en la casa del padre y en la de la madre. Otras situaciones muestran que, cuando los padres residían en diferentes países y había más de un hijo, los hijos se repartían entre el padre y la madre. También se dieron casos de paternidad y maternidad social cuando ambos padres se involucraron en planes de retorno clandestino y los hijos quedaron al cuidado de padres sustitutos (generalmente militantes del mismo partido).

De este modo se evidencia que las rupturas familiares pusieron en cuestión los modos tradicionales de organizar familia, apareciendo múltiples posibilidades de configuración familiar.

INTERFERENCIAS EXTERNAS A LA VIDA Y ORGANIZACIÓN FAMILIAR

Más allá del propio exilio y las tensiones internas que sufrieron las familias producto de éste, los partidos políticos y sus mandatos fueron otro factor de interferencia familiar. Por una parte, encontramos que ciertos partidos decidieron imponer a sus militantes cierta movilidad espacial que influyó en la dispersión familiar, en la separación de los niños de sus padres, en el caso de retorno clandestino.

La instrucción para el retorno duró casi un año, tiempo en el que vivimos en una casa especial del partido que estaba fuera de la ciudad; ni siquiera nosotros sabíamos donde estaba. Ese año los niños se quedaron con Luisa y siguieron yendo a la escuela. El partido se encargaba de ir a buscarlos al internado... Rodolfo (su pareja y padre de sus hijos) y yo llegamos a Chile con otra identidad (Miriam, en Muñoz, 2003).

Entre los militantes profesionales, los traslados de país, el ingreso clandestino a Chile, construcción de fachadas en el contexto de planes de retorno que en algunos casos implicó separarse de la pareja, mujer e hijos, teniendo que apa-

rentar familias o parejas que no eran las propias, contribuyeron a la disgregación y reconfiguración familiar.

El se vino a Chile clandestino y se vino con una danesa que no era su pareja. Esa pareja terminó... además porque Sergio no se la quiso traer a Chile, bueno le dijeron: “bueno, con esta rubia, pelo de chocco, ojos azules –y además que ella desde el punto de vista nuestro, chileno ella es muy linda– no pues... es muy llamativa” así es que se vino con otra danesa (Anita, entrevista, 1999).

Sin embargo, no todas las intromisiones de los partidos en la vida familiar de sus militantes tendían a la dispersión familiar. En algunos casos, los partidos intervenían de manera directa para evitar rupturas, aunque no todos tuvieron el mismo nivel de ingerencia, o pretendían tenerlo, en las vidas personales y familiares de sus militantes. Hubo algunos donde el colectivo debatía sobre las separaciones, y recomendaba la mantención de las parejas bajo pena de expulsión del partido y de la comunidad de exiliados del trasgresor.

Un chico chileno se separaba de su mujer, entonces los compañeros indignados, pedían su expulsión y la compañera lo único que no quería era que lo echaran porque era la única forma de mantener un vínculo y que no lo echaran del partido... a mí me tocó decir una vez “bueno, está bien no es que sea parte del estatuto del Partido Comunista. No dice que un hombre no puede separarse de su comunidad...”. Yo recuerdo impresiones de gente muy respetable que llegaba a un país y se escandalizaba porque las parejas chilenas estaban teniendo hijos “que inseguridad compañera, teniendo hijos, son dos vidas más” (Fernando, entrevista, 2001).

Una percepción similar es la que se tiene respecto a la intrusión del partido en la decisión de las mujeres de embarazarse y tener hijos. Una joven que vivió en Italia recuerda:

A mi mamá, en algún minuto, cuando se embarazó de mi hermana, le decían “no puedes tener una hija, para ti tenemos grandes planes, tienes que ir a Moscú a hacer control de cuadros”, no sé qué cabeza de pescado le tenían planeado dentro del Partido Comunista para que mi mamá fuera a formarse allá como una gran militante y mi mamá le dijo “para un minuto, pues, compadre, o sea yo no estoy para esto, no quiero”, pero

significó un gran quiebre, o sea, imagínate lo que es que te determinen si vas a tener hijos o no... entonces ahí estaba la causa de Chile, derrocar al dictador por sobre cualquier cosa (Andrea, entrevista 2001).

En otros casos fueron las propias mujeres militantes con sus respectivas parejas las que decidieron renunciar a los hijos en función de privilegiar el proyecto político y el retorno.

LAS DIFICULTADES FAMILIARES DEL RETORNO

La decisión de retorno aceleró rupturas matrimoniales y separaciones familiares cuando uno de los miembros de la pareja o los hijos no quisieron regresar a Chile y plantearon su decisión de quedarse en el país de acogida. Esto lleva a la paradoja que el exilio chileno, caracterizado por ser familiar, de haber hecho ingentes esfuerzos por la reunificación familiar, en el momento de su término, cuando el retorno es posible, éste se transforme en el factor de disgregación familiar, de separaciones de parejas, de padres e hijos.

La llegada a Chile tuvo muchos aspectos similares a la llegada al exilio, la falta de un lugar donde vivir, lo cual obligó a albergarse a un familiar, la falta de trabajo y también, la inseguridad de conseguirlo en un corto plazo.

Yo me devolví con cero pesos... Entonces dejé a mis hijos y a mi ex esposa allá... entonces me vine a poto pelado, tal como se oye, y aquí estuve nueve meses de allegado donde un amigo que llamé por teléfono casualmente, después estuve en una pensión otros nueve meses, un año y tanto sin ingresos (Luis, entrevista, 2000).

Para las mujeres el tema del retorno fue complicado y aquellas que volvieron separadas de sus parejas tuvieron que redoblar los esfuerzos para mantener la casa y la familia.

Rentamos una casa antigua acá y empezó a buscar trabajo (...) montó un negocio pero le fue súper mal... y se fue a la quiebra en menos de 6 meses y después no le quedó otra, cuando se le acabó la plata de decir... "hay que ponerse a trabajar" y entró a trabajar en el diario La Época y también tuvimos pensión de estudiantes y todo eso, y nos

iba súper mal, estaba súper difícil... mi mamá empezó, en la casa donde vivíamos... a vender colaciones y después cachó que con toda esta gente de la embajada y de gente que quería la comida mexicana... empezó a hacer viernes y sábados en la noche comidas mexicanas para grupos de personas (Carla, entrevista, 2001).

La familia extensa consanguínea jugó un papel fundamental como apoyo económico en el retorno de los exiliados, y para sus hijos fue la existencia de primos, los tíos y abuelos la que amortiguó, en la primera etapa, la pena por todo lo perdido al llegar a Chile.

Fue emocionante encontrarse con la gente y ellos estaban contentos que nosotros volviésemos... todo era alegría... era pura felicidad, pura fiesta para nosotras, pero como a los cinco minutos se acabó... mira, en el momento que llegué todo era maravilloso, porque todos eran simpáticos y todos te abrazaban y te daban muchos besos y tú eras importante y era súper rico, o sea fue un buen recibimiento, no nos podemos quejar, fueron cariñosos con nosotros, pero así como que, literalmente, al día siguiente pasamos a la cotidianidad y nadie más nos pescó... a ratos uno se olvidaba de esta sensación como de que uno no encajaba, no era que uno no encajara, pero la familia no hacía nada porque tú encajaras (Colomba, entrevista, 2001).

Sin embargo, esa familia ampliada, apoyadora en lo económico también fue fuente de conflictos y tensiones, los cambios en los comportamientos de quienes volvían resultaban chocantes e incomprensibles en muchos casos para las familias que habían permanecido en el país, especialmente en lo referido a la crianza de los hijos, específicamente en la libertad que éstos tenían para tomar decisiones sobre algunos aspectos de sus vidas—la sexualidad, los modos de vestirse, la elección de amigos, el trato con los mayores— es importante considerar que los hijos—niños y adolescentes— generalmente fueron traídos a Chile por sus padres al margen de sus deseos, lo cual generó conductas contestarias hacia los padres y familiares cercanos. Se mezclaban así los conflictos interculturales con los intergeneracionales. La ambigüedad de la relaciones entre personas vinculadas por el afecto y el parentesco, llevaron a desencuentros y frustraciones de ambas partes: la familia receptora y los retornados.

Respecto a la situación familiar y conyugal, un estudio realizado por FASIC con retornados, advertía una situación similar entre los pacientes retornados y otros grupos afectados por la represión política. Mientras más amenazante era la situación exterior, la excesiva demanda a la pareja y a la familia generó conflictos y situaciones de gran intensidad emocional, que muchas veces terminaron en rupturas de pareja y separación de las familias.

En el caso de las mujeres jefas de hogar retornadas (aproximadamente 50% de los casos atendidos por Programa de Salud Mental de FASIC) se produjo una situación compleja, pues en el exilio, al haberse separado o enviudado desarrollaron una gran independencia y autonomía, la cual se vio violentamente coartada al retornar a vivir —como en la mayoría de los casos— en las casas de sus padres o familiares, con lo cual se generaba una gran confusión de roles, pues eran hijas y madres a la vez (Programa Psicosocial, FASIC, 1980).

Para las mujeres, especialmente aquellas que apresuraron su retorno a partir de una ruptura familiar, el regreso tampoco fue la panacea. Habían salido con poco más de veinte años y regresaban alrededor de los cuarenta, con una vida hecha afuera, sin testigos de esa otra vida, excepto los hijos, cuando los había. En otros casos esos hijos no volvieron, generando otro vacío en sus vidas y obligándolas —una vez más— a repensarse y a redefinir sus proyectos de vida y familia.

Partí porque perdí harto sentido al andar sin mi hijo. El decidió irse a Canadá y yo caí en una profunda depresión... y llegué deshecha a Chile... además llegué a Chile y puse la pata en la tierra y parece que elegí la peor solución del mundo. Claro, Chile era un lugar donde yo no tenía nada construido. O sea había construido mucho más en todas las otras partes y aquí tenía que empezar todo de cero. No es fácil... porque nadie me entendía (Uca, entrevista, 2002).

A MODO DE CONCLUSIÓN

En relación a la familia, vemos que en el exilio se produjo una situación paradójica, especialmente entre los militantes de sectores profesionales y universitarios, que da cuenta de un tránsito desde un modelo más bien tradicional de familia, seguido por la disolución de ésta para dar paso hacia múltiples configuraciones familiares, donde los sujetos de manera independiente definieron el modo de organizar las tareas reproductivas, la sexualidad y la subsistencia.

En un primer momento la familia actúa como lugar de refugio, espacio de afecto y protección frente a un exterior amenazante. Sin embargo, la excesiva demanda hacia la familia lleva al segundo momento, donde la familia se convierte en un lugar de tensiones, donde se producen desencuentros entre las exigencias del hogar y los hijos y la dedicación de hombres y mujeres a ellos. En un tercer momento se produce la disolución de las parejas, lo que en algunos casos conlleva una dispersión familiar o la aparición de nuevas configuraciones familiares. Con el retorno se pone a prueba la solidez de las opciones familiares que hombres y mujeres exiliados/as hicieron.

El exilio afectó la conformación de las familias en cuanto al número de hijos y a su constitución y organización interna. La incertidumbre sobre el futuro, la instalación relativamente precaria en los países de acogida, llevaron a las parejas a no tener más de un hijo o dos nacidos en el exilio. En la decisión de reducir el número de hijos incidieron además, el proyecto de retorno que implicaba prolongar el tiempo de inestabilidad, así como las separaciones matrimoniales. Por otra parte, en relación a los hijos, es importante destacar la situación de parejas y de mujeres que decidieron renunciar a tenerlos por priorizar su proyecto político.

Las familias del exilio, en sus inicios, son familias nucleares con padre-madre e hijos viviendo en la misma residencia, excepcionalmente y por períodos breves se agregaron a ella otros familiares o allegados. La carencia de consanguíneos y de la red de apoyo de la familia extensa tendió a suplirse con compañeros/as y amigos/as que cumplieron dichas funciones y operaron en los hechos como “tíos, tías, primos/as o hermanos y abuelos” sustitutos, creándose en muchos casos vínculos muy fuertes entre los niños y sus familias ampliadas “adoptivas” y entre los adultos.

Es importante considerar que las posibilidades de implementación de nuevas configuraciones familiares se dieron a partir de los cambios identitarios producidos en los hombres y mujeres exiliados. Al reconocer que las culturas son construcciones sociales fluidas y temporales, que se hacen y rehacen a lo largo del tiempo –como sostiene James Clifford (en Chambers, 1995)– se hace evidente que el movimiento supuso una reconstrucción del mapa de las identidades y costumbres culturales para todos los implicados.

La vivencia prolongada de la alteridad, la reducción del control social y familiar en personas jóvenes, y las situaciones límites que enfrentaron hombres y mujeres en el exilio, les permitió repensarse a sí mismos y definir de manera reflexiva quienes eran y cómo querían ser. Sin duda, esta situación abrió perspectivas más amplias de cambio para quienes habían estado más constreñidos socialmente. Por los mandatos culturales de género las mujeres han tenido una movilidad más estrecha y su mundo tiende a centrarse más en los espacios domésticos y la familia, de modo que la experiencia del exilio se vivió con mayor intensidad. La pérdida de un país, de una familia y de un mundo conocido fue percibida como una pérdida y como una amenaza en una primera etapa. El exilio aparece así como un quiebre importante en sus biografías, pero también con el tiempo se vislumbra como una oportunidad de cambio, de proyectarse a sí mismas de manera más autónoma.

En este sentido, sostenemos como hipótesis que fueron las mujeres militantes –dada su experiencia anterior de conciencia crítica y voluntad de cambio social– las que, enfrentadas a la situación de exilio, que implica rupturas y el desafío a volver a empezar una vida, las más proclives a recrear y enriquecer sus identidades de género y fueron quienes avanzaron de manera más decidida en un proceso de individuación que posteriormente se tradujo en una reelaboración de los modos de conformar familia.

El viaje interior, tributario absoluto en este caso del desplazamiento geográfico, fue el que permitió modificar las identidades de género de las exiliadas chilenas. Aun cuando en muchos casos la emigración femenina fue subordinada a la masculina, y fueron menos aquellas mujeres que salieron al exilio como consecuencia de su propio accionar político, en ambas situaciones debieron pasar por la pérdida de un país, de un lugar y de una familia, para reinventarse una nueva vida.

Constatamos que la mayor parte de las mujeres entendieron y vivieron la militancia y el exilio de manera diferente a los hombres. Sin embargo, los partidos y los militantes de la época –tanto hombres como mujeres– partían del supuesto que hombres y mujeres eran iguales. En determinados momentos, los hombres centraron sus vidas en el partido y en los proyectos políticos, a diferencia de las mujeres, que debieron dividirse entre dos amores: la militancia y la maternidad, lo que las hizo tener una actitud más pragmática, y por tanto, más distante con respecto a las directrices y mandatos de los partidos. Las mujeres –aunque no todas– tuvieron una actitud mayor de desacato a las órdenes de los dirigentes partidarios, cuando éstas interferían de manera radical en sus proyectos de vida y en sus familias, especialmente cuando esto implicaba cambios de país o de ciudad, retorno clandestino con envío de los hijos al cuidado de padres sustitutos en Cuba.

Las exigencias a las mujeres no siempre surgieron de la política, también las rupturas matrimoniales las obligaron a hacerse cargo de los hijos y muchas veces de la mantención económica de la casa, sin concurso masculino ni red familiar de apoyo. El concepto de “súper mujer” con que se autodefinen algunas mujeres que vivieron esta situación, surge al enumerar las múltiples actividades y roles que debieron cumplir y el papel central que ocuparon en sus familias, en tanto jefas de hogar, madre y a veces padre.

Ante la ausencia del padre, ya fuera por clandestinidad, retorno, militancia profesional o abandono, ellas debieron asumir el rol de madre y padre a la vez, ser jefas de hogar y trabajadoras, así como militantes. Toda esta sobrecarga, además de las sobreexigencias, dificultaba la posibilidad de rearmar parejas y una nueva familia. Por la necesidad de dar respuesta a las múltiples obligaciones derivadas de los diferentes roles, las mujeres solas debieron crear redes solidarias de mujeres, que permitieron resolver los problemas domésticos, tener amistades y aprender a vivir como mujer sola en un mundo ajeno. La re socialización de género, en estos casos se hace con pares y no con la generación anterior, lo cual permitió romper con la tradición y abrirse a nuevas maneras de vivir y comportarse.

De una u otra manera, las exiliadas chilenas que quedaron solas a cargo de los hijos, debieron re-inventarse como mujeres. Una nueva identidad, más compleja, más autosuficiente surgió de este proceso, donde, previo al desplegarse y crecer como persona y ser humano, debieron replegarse sobre sí mismas y re-construirse superando la depresión y la soledad. “La mayoría (de las mujeres) habla de los

períodos en que se buscó estar sola. Donde la necesidad de espacios de soledad es el principio del cambio, desde donde se lanza a etapas de re-elaboración de su persona, de su mundo, de sus afectos y sus deseos. Algunas iniciaron el exilio en otros países y la llegada a México fue una opción” (Gómez, 1993: 6).

La “súper mujer” hizo un esfuerzo por demostrarse a sí misma y a los demás, que era capaz de ser autónoma y autosuficiente en todos los planos, que podía criar sola a sus hijos, e incluso mantenerlos sin ayuda del padre o de otros familiares, que podía seguir dedicando parte de su tiempo a la militancia, ser buena trabajadora y, además, recuperar su capacidad de seducción, dormida después de años de vivir en pareja.

Me separo y se produce una separación terrible... estaba encerrada y la Teresa me empezó a enseñar a vivir como sola, como soltera. Primero, como sola, pero después como soltera. Entonces empezó toda una vida expansiva, nocturna, de hueveo, carretes, hombres, amores. Era novedoso y divertido... era también una especie de demostrarme a mí misma de que yo no iba a estar cagada por años por estar separada del otro... “Soy capaz de salir; de pinchar; de tener amantes, de irme a bailar; de llegar a las cuatro de la mañana, de trabajar... y soy capaz de irme a Chile. Soy capaz de todo” (Malva, entrevista, 2002).

En el otro extremo, el modelo femenino más consecuente con los estereotipos de género y con las construcciones familiares tradicionales que se identifican en las militantes izquierdistas exiliadas de la época, es el de la mujer viuda. Viuda de un marido, de un padre o de un hermano, que renunció, o fue “obligada” socialmente y por presiones políticas a renunciar a una vida propia, más allá de su familiar ejecutado o desaparecido¹⁰. Entre las exiliadas viudas de los dirigentes de alto rango de la Unidad Popular, así como de militantes asesinados y desaparecidos por la dictadura, muchas no pudieron escapar al destino de viudas que sus partidos y el medio social les asignaron. Prisioneras del partido y de sus íconos, madre y

¹⁰ Es interesante constatar que en Argentina son las madres y la abuelas de Plaza de Mayo, con sus cabezas cubiertas por un pañuelo blanco y la foto de su hijo o nieto desaparecido clavada en el pecho, el ícono de la resistencia y denuncia femenina sobre las violaciones a los Derechos Humanos. En Chile son las viudas, también con una foto en el pecho, vestidas con una falda negra y una blusa blanca las que salen a las calles y tocan diferentes puertas buscando a los suyos. La simbólica más impactante de las viudas chilenas se da en el baile de la “cueca sola”, que se interpreta en todos los actos en que participan las mujeres de los detenidos desaparecidos y ejecutados.

padre a la vez de sus hijos, cargados con el peso de la orfandad real del padre, y el peso simbólico de ser hijos de un mártir o de un héroe, estas mujeres vieron coartadas sus posibilidades de reconstruir parejas y rearmar familia.

Con respecto a las identidades y relaciones de género, constatamos que en el exilio, tanto la militancia profesional de los hombres, como las rupturas matrimoniales, tuvieron una fuerte incidencia en la repetición del patrón de identidad masculina, donde la dimensión paterna está ausente o es débil (Montecino, 1991); pero la contrapartida no es una mujer “mariana”, aunque presente algunos rasgos de ella como la dedicación a los hijos y la abnegación. Más bien, su contraparte es la “súper mujer”, que cumple diferentes roles, que toma en sus manos su vida y define de manera independiente su proyecto de vida. Así, evidenciamos un desplazamiento del modelo tradicional femenino, donde la contrapartida al padre ausente era una madre, abnegada y virtuosa, sin vida propia más allá de su entrega a los hijos, donde el sexo o la relación con otros hombres no hijos era inexistente. En este caso vemos que hay un enriquecimiento y complejización de la identidad femenina, a partir de la agregación de nuevos roles y una toma de conciencia de ser una sujeta con derechos, aunque sin restar importancia relativa al rol materno, el cual sigue ocupando un lugar importante en sus vidas.

Es necesario señalar que las transformaciones en las identidades femeninas fueron graduales y no son procesos cerrados. Más que de un cambio de piel, uno podría decir que se trata de un cambio de ropa, donde las prendas de vestir pueden ser usadas con diferentes combinaciones, alternando lo nuevo y lo viejo, según las circunstancias. Esto fue especialmente evidente para las exiliadas que vivieron en América Latina en su etapa de exilio; pero el mecanismo también se hizo evidente en las que retornaron de Europa y de países más liberales, que al llegar a Chile, para evitar rechazos, debieron moderar algunos de sus comportamientos que podían provocar escándalo.

Este aprendizaje que una hace entre tanto caos y necesidad de seguir “a huevo”, de salir a trabajar y aprender a funcionar con los nuevos esquemas, te enseña a prescindir, por ejemplo, de anteriores socializaciones. Aprendes acá a moverte, a desempeñarte como un macho si es necesario para sobrevivir. Y te atreves a tratar de pelotudo a un pelotudo, y al mismo tiempo sabes recurrir al conocimiento de una

mujer tradicional, si tienes que hacerte la débil, lo haces y qué vas a hacer (testimonio de exiliada en México, en Gómez, 1993:10).

En relación a la constitución de familias, vemos que la complejización de identidades y el avance en el proceso de individuación, de una u otra manera, también evidencia esta combinación de prendas de vestir, donde se mezcla lo tradicional y lo moderno. Las rupturas familiares entre los exiliados condujeron a nuevas forma de conformar familia, sin embargo, constatamos que en buena medida esas familias se reconfiguran a partir de un principio matricéntrico. Los hombres, en muchos casos, ya sea por sus actividades políticas, por haber constituido una nueva familia o por razones culturales, tendieron a convertirse en personajes relativamente secundarios en las vidas de sus hijos biológicos, aunque ello no impidió el despliegue de una paternidad social con los hijos de las mujeres con las cuales recompusieron familia.

También es importante destacar el peso que sigue teniendo la maternidad entre las mujeres militantes, incluso entre aquellas que decidieron transgredir este mandato de género y renunciar a esta de manera definitiva o temporal. Las que tomaron la opción de dejar a sus hijos en manos de otros padres para dedicarse de lleno a las tareas de la resistencia, no pudieron desprenderse de sus preocupaciones y sentimientos maternos y los proyectaron—en la medida en que pudieron—en otros niños.

Otro de los aspectos en los cuales se evidencia un juego pendular entre lo moderno y lo tradicional es en relación a la socialización de los hijos al interior de la familia. Entre los exiliados, esta tenía una doble demanda, por una parte se necesitaba que los niños crecieran sintiéndose chilenos, de modo de no tener problemas con ellos en el momento del retorno, y por otra, era necesario que interactuaran de una manera fluida con la sociedad de acogida. Esta doble exigencia generó tensiones entre padres e hijos y obligó a estos últimos a vivir en un diálogo constante entre la cultura local y la chilena, lo cual interpeló sus identidades y colaboró a la hibridación cultural de estos, donde se entremezclan elementos tomados de la cultura de sus padres y lo aprendido en el país de acogida. Entre los elementos de la cultura chilena tradicional destaca el apego de los hijos respecto a sus padres (que a veces se tradujo en una permanencia y dependencia de ellos hasta edades adultas), más allá de los conflictos con ellos, que se combina con una gran independencia para definir sus

proyectos de vida, sus modos de establecer relaciones de pareja, de vivir su sexualidad y desarrollar su maternidad-paternidad¹¹.

Para concluir, entre los cambios culturales más importantes producidos por el exilio en relación a la familia está que los hombres y mujeres que vivieron esa experiencia se abrieron a otros modos de vivir, de conformar familia y de practicar las relaciones filiales mucho más abiertos y con mayor libertad de decisión por parte de los sujetos, donde se evidencia un desplazamiento de lo biológico por lo social. En las nuevas configuraciones familiares, el peso de la biología tiende a reducirse y adquieren mayor importancia las decisiones y elecciones personales. Los padres y madres sustitutos, los padres y madres sociales, los abuelos, tíos y primos de la “familia ampliada” del exilio, muchas veces son más cercanos y representan apoyos mayores que la familia biológica y aparecen como una posibilidad que las nuevas generaciones de chilenos poco a poco se atreven a experimentar.

¹¹ Los que salieron al exilio siendo niños fueron más dependientes de sus padres por la inestabilidad en que se vivía y luego por las desadaptaciones del retorno. Mientras sus madres se hacían independientes, autónomas y validaban esos avances en el retorno, los hijos eran más vulnerables y dependientes, lo que retardó su constitución como sujetos independientes, pero no impidió la internalización de pautas de organización familiar mucho más flexibles.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Cerda, Carlos (1993) *Morir en Berlín*. Santiago, Chile. Alfaguara.
- Chambers, Ian (1995) *Migraciones, Cultura, Identidad*. Buenos Aires, Argentina. Amorrourtu Editores.
- FASIC, Programa de Reunificación Familiar (1991) "Familiar recencuentro en el exilio". Santiago, Chile.
- FASIC, Programa Médico Psiquiátrico (1980) "Estudio psicosocial de 25 familias retornadas". Santiago, Chile. Ediciones Signos de los Tiempos.
- Gaillard, Anne (1992) "¿El fin de un exilio? El caso de los chilenos exiliados en Francia". Paris, Francia. Mimeo.
- Gómez, Maritza (1993) "El exilio en la identidad de las mujeres", Ponencia presentada al 13, Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas e Etnológicas, Agosto, México.
- Hola, Eugenia (1988) "Mujer, Dominación y crisis". En: *Mundo de Mujer, Continuidad y Cambio*. Santiago, Chile. Centro de Estudios de la Mujer, Ediciones CFM.
- Mattelart, Armand y Michelle Mattelart (1968) *La mujer chilena en una nueva sociedad*. Santiago, Chile. Editorial del Pacífico.
- Montecino, Sonia (1991) *Madres y Huachos. Alegorías del mestizaje chileno*. Santiago, Chile. Cuarto Propio-CEDEM.
- Munizaga, Giselle y Lilian Letelier (1988) "Mujer y régimen militar" en *Mundo de Mujer, Continuidad y Cambio*. Santiago, Chile. Centro de Estudios de la Mujer, Ediciones CFM.
- Muñoz, Barbara (2003) "Las vidas de Miriam Ortega. Historia de Vida". Memoria para optar al título de Periodista. Instituto de la Comunicación e Imagen, Universidad de Chile. Santiago, Chile.
- Norambuena, Carmen (2000) "Exilio y retorno. Chile. 1973-1994". En: M. Garcés y otros. compiladores. *Memoria para un nuevo siglo. Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX*. Santiago, Chile. LOM Ediciones.
- Vaccaro, Víctor (1990) "El recencuentro es posible. Seminario Exilio-retorno de académicos/ intelectuales", organizado por Oficina Nacional de Retorno, ONR, Servicio Universitario Mundial, SUM, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, UAHC, diciembre.
- Vargas, Humberto (2002) "Cuéntame". En: *Tan lejos. Tan cerca. Autobiografías de chilenos en Suecia*. Suecia. Ediciones del Recencuentro.